

LA FIESTA AJENA...

Hoy -en el mágico taller de la Tukis, cuyos duendes comparte con nosotras- leímos “La fiesta ajena” de Heker. Me dio escozor la conciencia de clase que tenían tanto la mamá de Rosaura como la de Luciana.

Y no sé por qué cosas de la vida me acordé de una empleada que tuvimos en la Rivadavia 332: doña Ramona. Venía los sábados a ayudar con el lavado. No había lavarropas, se lavaba en la pileta con tabla y jabón blanco “Federal”, afuera. Con frío o con calor.

Para esos días de febrero había vuelto de sus vacaciones; vacaciones ajenas, ya que pasó un mes en Mardel con la familia que tenía tres niños y con la que trabajaba todos los días.

Doña Ramona era bizca, muy fea, chueca, le faltaban los dientes, tenía el pelo entre rubio desteñido y blanco incipiente, pero tenía una ternura especial y para mí, de niña, era el ser humano más maravilloso. Te preparaba unas tostadas con manteca y miel y mate cocido... Y me defendía de las trapisondas que me mandaba. Los sábados en la noche solía llevarme a su casa. Me encantaba salir de su mano y llegar a ese ranchito frente al río, lleno de flores, de olor a poleo, menta y romero, y jugar con sus nietas. Me buscaba mi papá el domingo en la tarde y partíamos en bicicleta.

Decía que doña Ramona había vuelto, y mi mamá la abordaba... ¿Qué tal Ramona? ¿Cómo le fue en las vacaciones? ¿Largo el viaje?

Nada... ni palabra doña Ramona. Y mi mamá que insistía... ¿Qué tal el mar? ¿Le gustó?

A lo que doña Ramona respondió... ¿Qué mar?

Y me quedo pensando en esa mujer pequeña, trabajadora como pocas... que había estado en el mar, sin ver el mar. Murió hace muchos años. Su abuela había participado de la huelga de servicio doméstico que se dio en Bell Ville allá por el '29 cuando anarquistas, socialistas, comunistas, peleaban por mejorar las condiciones de esas trabajadoras. Esa abuela que le contaba que los ricos eran muy, muy malos e injustos con los pobres.